

3ºD. PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 24, 13-35.

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: - ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: - ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?

Él les preguntó: - ¿Qué?

Ellos le contestaron: - Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo: - ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?

Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: - Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída.

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: - ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con sus compañeros, que estaban diciendo: - Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

LA FE ES PARA VIVIRLA

Hoy, «**III domingo de Pascua**», el Evangelio nos habla del camino que hicieron «**los dos discípulos de Emaús**» tras salir de Jerusalén. Estos dos discípulos pasaron, de creer en un Jesús profeta pero condenado a una muerte ignominiosa, «**a descubrirlo vivo y dándoles Vida**». De la decepción, «**pasaron a vivir en su presencia**».

Desilusionados y desesperanzados se alejaban de Jerusalén para regresar a sus quehaceres cotidianos. El Maestro había muerto y era inútil esperar. Su camino era el de «**alejarse de la dolorosa experiencia del Crucificado**». No podían entender cómo su Maestro, que había resucitado a muertos y curado enfermos, pudiera haber terminado clavado en la cruz de la vergüenza. En su caminar «**iban hablando de Él, de Jesús**», no iban en su busca pero, sí comentando lo vivido con Él. Y en este caminar «**es Jesús quien sale a su encuentro**», el que toma la iniciativa de su conversación.

Lo primero que hace Jesús es «**invitarles a desahogarse**», que manifiesten toda la decepción y amargura que acumulan en su interior. Su muerte significaba «**la muerte de todo lo que ellos creían que era Dios**». Su situación era de parálisis. Y es que, cuantas veces el hombre «**queda paralizado**» por no ser capaz de cambiar su idea de Dios, de un «**dios creado a imagen y semejanza del hombre**», cuando «**es el hombre quien está creado a imagen y semejanza de Dios**». O, cuantas veces se impacienta por no ser capaz de creer que «**la omnipotencia de Dios no es la omnipotencia de la fuerza o de la autoridad**», sino, únicamente, «**la omnipotencia del amor, del perdón y de la vida**».

En la oscuridad de la noche más negra o en la desesperación más angustiosa, Jesús se nos acerca y nos acompaña en nuestro caminar para que descubramos que **«Él es el camino, la verdad y la vida»** Jesús transforma nuestra desesperanza en Vida: **«Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios»**.

Cuando en los momentos de fracaso y de incapacidad el hombre **«toca fondo y se despoja de la ilusión de ser autosuficiente»**, de ser el mejor, de ser el centro del mundo, **«Dios le tiende la mano para transformar su vacilante caminar en camino seguro hacia la Vida»**, su aflicción se torna en alegría.

Así, aquellos dos discípulos que se habían encontrado con el Resucitado regresaron a Jerusalén llenos de alegría, confianza y entusiasmo, **«preparados para dar testimonio»**. El Resucitado los había hecho renacer de la tumba de su incredulidad y aflicción. En su encuentro con el Crucificado-Resucitado **«hallaron la explicación y el cumplimiento de las Escrituras y encontraron el sentido de la aparente derrota de la Cruz»**. Dice San Pablo: **«Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe»**

Pero **«el Resucitado desaparece de su vista»** haciéndonos ver que no podemos retener a Jesús en su visibilidad histórica. **«Dichosos los que crean sin haber visto»** le dijo Jesús al incrédulo Tomás. Cada uno de nosotros debemos **«saber y creer que Cristo está vivo y que nos vivifica con la Eucaristía, con la Escritura y con los Sacramentos»**.

Los discípulos de Emaús comprendieron esto y regresaron a Jerusalén para **«compartir con los demás discípulos su experiencia»**. La experiencia de los discípulos de Emaús nos enseña que de nada sirve llenar de gente los lugares de culto si nuestros corazones están vacíos de la presencia de Cristo o que **«de nada sirve rezar si nuestra oración dirigida a Dios no se transforma en amor hacia el hermano»**

La verdadera fe es la que nos hace **«más caritativos, más misericordiosos, más honestos y más humanos»**. Es la que nos hace ver al otro no como a un enemigo para derrotar, sino como a un hermano para amar, servir y ayudar.



Nos da la valentía de **«perdonar a quien nos ha ofendido»**, de ayudar a quien ha caído, **«de socorrer a los ancianos y a los necesitados»**. En realidad, **«cuanto más se crece en la fe, más se crece en la humildad y en la conciencia de ser pequeño»**.

A Dios sólo le agrada **«la fe profesada en la vida»** y, como bien dice el Papa Francisco, el único extremismo que se permite a los creyentes es el de la **«caridad»**.

Hoy, al igual que los discípulos de Emaús, es un buen momento para regresar a nuestra vida cotidiana, a

nuestras familias, a nuestro trabajo, llenos de **«alegría, de valentía y de fe**, sin miedo a amar a todos, amigos y enemigos, porque **«el amor es la fuerza y el tesoro del creyente»**. ¡Que así sea!